

COMIDA RÁPIDA.

Adoro la comida rápida. No es su sabor, es su simple rapidez lo que me atrae. La consigues y devoras al tiempo que la deseas. Es la satisfacción inmediata lo que me entusiasma. Mi alma, si algo así habita en mi cuerpo, no esta hecha para deleitarse en la espera.

Supongo que soy un depredador impaciente, por eso mi corazón truena al verla. No conozco su nombre, pero brilla entre el resto de fulanas. Libre de la pútrida luz de las farolas emite un áureo resplandor que me ilumina. Se desplaza desde la herrumbrosa lavandería hasta el chino de la esquina, sin puesto fijo, flota por toda la calle. El resto de furcias no protestan, se saben inferiores. Es su diosa, la diosa de las putas de esta cloaca perdida y la obsesión que restalla en todo mi ser.

Desde la azotea de un viejo edificio, convertida en garito ilegal, la observo. Ningún cliente la aborda, la encuentran inaccesible. Los desprecia con su mirada que apenas posa en ellos para girar bruscamente la cabeza, como con miedo a contagiarse de su simpleza sólo con verlos. Pero sus ojos se detendrán en mí y me entregará su cálida esencia. De una forma o de otra.

La impaciencia crece en cada uno de mis latidos. Termino el vodka casi helado especialidad de aquel antro. Pago al tipo gordo que lo regenta por la bebida y por la custodia de mis cosas mientras estuve encerrado. Compruebo que todos mis juguetes están en el maletín. Tengo prisa, no lo puedo evitar, me gusta la comida rápida y ahora tengo un hambre honda e insaciable. Un vacío alimentado día tras día en una celda

durante demasiados años. Incluso dudo que ella pueda saciarme por completo, aunque seguro que será un primer plato delicioso.

He descendido de la azotea por la escalera de incendios hasta un callejón. Huele a basura y orina. Salgo rápidamente antes que su hedor me impregne. Debo estar a la altura de mi diosa. Ella y yo somos las únicas personas no contagiadas por el deterioro que impregna todo.

La diviso al otro extremo de la calle. La acecho y reclamo con vehemencia sin obtener resultado, mientras el resto de hembras me miran como a un loco. Una diminuta ramera me empuja: ¡Fuiste tú! ¡Lo sé! ¡Tú mataste a la pequeña Eva! ¡Sólo tenía catorce años! ¡Asesino! De un certero puñetazo la dejo sangrante en la acera. Chillan el resto de alimañas acercándose a socorrerla, parecen un grupo de hienas escandalosas. Pero ella, la diosa, me mira y sonrío. La he impresionado. Sin duda alguna le gusta jugar fuerte.

Preso de su imponente figura la sigo hasta un apartamento inerte rodeado de edificios abandonados. Es extraño que se halla salvado del abandono, como extraño es también su silencio. Tan intenso que se percibe clamoroso. Siento un escalofrío que se extiende por mi espalda hasta la nuca. ¡Qué coño me pasa! Voy subiendo las escaleras detrás de un culo increíble, un culo hecho para esclavizar a cualquiera, y estoy pendiente de un bloque de pisos. Deben ser los nervios ante el voluptuoso banquete que me espera. Sí, eso debe ser. Finalmente entramos en su piso y la veo desaparecer en el aseo tras señalarme el dormitorio.

Me desnudo y tiendo sobre la cama de una habitación callada que percibo familiar. Siento un frío sepulcral en los huesos pero pronto sentiré calor, mucho calor. Ella florece del servicio con un tenue picardía y se dirige hacia mi maletín. Lo abre y coge las esposas y las cadenas. ¿Cómo sabía de mis juguetes? Esto supone una inversión de los papeles, suelo ser yo quien los utiliza, aunque por un cuerpo como el suyo acepto sumiso. La deseo demasiado para tener voluntad. Quiero entregarme a ella por completo.

Totalmente amarrado, la observo desprenderse del picardía sin dejar de sonreírme. Contemplo su cuerpo soñado, voluptuoso y eternamente curvo. Como el universo, su cuerpo es un paraíso infinito aunque limitado por una piel resplandeciente que guarda el secreto de un pequeño antojo en forma de cruz sobre la cadera. Un antojo que resucita mi memoria cuando ella, sonriente, me guiña un ojo. ¡No! ¡No puede ser! ¡Ella es la pequeña Eva!

Miro a mí alrededor y reconozco la habitación que fue. La que ahora yace vacía y muerta. Aún huele al humo del fuego que provoqué para ocultar el horror. Para esconder el cuerpo sin vida, surcado de rápidas heridas provocadas por mi desbocado deseo, de la pequeña Eva. El fuego que devoró los edificios de la manzana y a cuantos gastaban sus vidas en sus entrañas.

Ella sigue sonriendo, mientras van llegando los carbonizados inquilinos con sus ojos hambrientos de sangre. Paralizado de terror la veo sacar una cuchilla de mi maletín. Me la enseña sin dejar de sonreír mientras besa su filo. El corte ha dejado sus labios rojos refulgentes como la otra vez. Un fino hilo de sangre le cae sobre el pecho mientras se

acerca a mí. En el recorrido por su cuerpo, el pequeño río rojo va abriendo las heridas que sangrantes reclaman venganza. Ante la horrible muerte que recorrerá mi cuerpo en forma de cuchilla, rodeado por todos los ojos de mis víctimas y sus sonrisas sin labios, una única idea azota mi mente consciente de lo prolongado que va a ser mi merecido sufrimiento: “La pequeña Eva odiaba la comida rápida”.